

36

LA NOVELA
PARAMOUNT



Esposas
modernas

Florence Vidor
Arnold Kent

25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III

N.º 86

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

THE WORLD AT HER FEET 1927

Esposas modernas

Comedia americana, interpretada por

FLORENCE VIDOR, ARNOLD KENT,
MARGARET QUIMBY etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

IMPRENTA BADÍA

Esposas modernas

Argumento de la Película

Ricardo Randall era abogado y su esposa Julia Randall ejercía la misma profesión.

Ambos trabajaban en el mismo local, en cuya puerta se leía este letrero:

*Randall y Randall
Abogados*

Los dos eran jóvenes, tenían gran fe en su carrera y se sentían optimistas.

Una mañana Julia entró en el despacho y preguntó al meritorio, un muchacho extremadamente pecoso:

—¿Ha vuelto ya mi marido del Tribunal?
—No, señora.

—Pues cuando vuelva no le diga que estoy aquí. Le preparo una sorpresa.

Y dirigióse a su cuarto de trabajo a estudiar unos pleitos urgentes.

Quedó el meritorio suspirando... ¡Era encantadora la abogada! Y con el inflamado

romanticismo de sus catorce años se puso a devorar una novela por entregas.

No tardó en llegar el señor Randall.

—¿Ha vuelto ya mi esposa del Tribunal?

—No, señor.

—Bien... Oye, ¿por qué llevas algodón en los oídos?

—Es que arriba hay una mecanógrafa que se empeña en hablarme al oído, pero yo no quiero escucharla.

—No está mal...

Y sonriente, agregó:

—Cuando vuelva la señora no le digas que estoy aquí. Le preparo una sorpresa.

Marchó a su despacho.

Después de haber leído varios documentos, Julia entró en la estancia de su marido y al verle corrió de puntillas y le abrazó. Creía que acababa de llegar.

—¡Oh, mi maridito!

—¡Julia!

—¿Sabes qué día es hoy, querido?

—No...—contestó, vacilante.

—¡Qué malo eres!

Ella le entregó un paquete con una tarjeta que decía:

Para Ricardo, como agradable recuerdo de nuestro aniversario de bodas.

Era un encendedor de plata que Ricardo, sonriente, agradeció con sinceridad.

—Confieso que he sido un poco descuidado—dijo él—. Yo no me acordé de nada...

—Parece imposible.

Ricardo se echó a reír y al cabo de unos momentos contemplando su sombrero que estaba sobre la mesa, agregó:

—Julia, ¿quieres colgarme el sombrero?

—Con mucho gusto.

Al alzarlo vió debajo de él un paquete con una dedicatoria:

Para mi mujercita adorada.

—¡Y decías que no te acordabas!

—Quise sorprenderte...

Desenvolvió el paquete; era un estuche en cuyo interior había un pequeño "pendentif" de oro y piedras finas.

Julia abrazó a su marido, emocionada por la delicada atención.

—Cuando la herencia de mi abuelo esté arreglada, podré hacerte regalos de más valor—dijo él.

—¡Dichosa herencia! Creo que nunca se arreglará. Además, ¿no somos felices ahora?

—Sí, pero quiero el dinero para tener suficientes recursos y para que tú puedas dejar la profesión.

—No, eso no!

—Piensa en lo felices que seríamos con el dinero, Julia... Podríamos viajar.

Entró el meritorio y dió una tarjeta a Julia. Suspiró cómicamente al ver que los esposos se abrazaban... ¡Cuán felices eran!

Julia leyó la tarjeta:

J. Stoddard Davies

Abogado consultor

Compañía Ferrocarriles

—Tengo una visita, Ricardo... Hasta después.

Saludó en su despacho al abogado Stoddard. ¿Qué deseaba aquel compañero?

—Usted le ha hecho perder varios pleitos a la compañía y me han encargado



—Cuando la herencia de mi abuelo esté arreglada, podré hacerte regalos de más valor.

que le ofrezca el puesto de abogado. ¿Quiere aceptar?—dijo el visitante.

—Verá usted...

—Tendrá usted espléndida remuneración

y gran porvenir... Si acepta, dentro de poco tendrá el mundo a sus pies.

La ambición hizo brillar la mirada de Julia.

—¡Acepto! —exclamó—. ¡Comuníquelo a la Compañía!

Y cuando, emocionado, corrió a comunicarle la buena nueva a su esposo, éste le mostró un telegrama que acababa de recibir:

Resuelto testamentaría de su abuelo. Tribunal adjudica setecientos mil dólares como parte de su herencia. Felicitaciones.

Morse Marcanté y Redfren.

—¡Somos ricos, Julia! Desde ahora tú serás la señora Randall, una dama de posición.

—¿Acaso seré feliz siendo una dama de posición? No, Ricardo, déjame continuar mi carrera... Ella me proporciona la felicidad.

Aunque algo contrariado, el marido le contestó:

—Tú eres dueña de hacer lo que más te plazca, nenita... Pero reconoce que sería mejor que no aceptases...

—¡No... no!... Quiero ser una abogada de fama.

—Y Ricardo tuvo que resignarse a la firme decisión de su mujer.

* * *

Pasó un año, durante el cual Julia Randall llegó a conquistar fama.

Abogada de la compañía, abogada de numerosa e importante clientela, tenía, como vulgarmente se dice, los minutos contados. Su labor era abrumadora, pero la sobrellevaba bien, con tranquilidad.

Ricardo, en cambio, se había retirado de su profesión, pareciéndole más importante vivir gozando de sus rentas.

Una mañana, llamó Ricardo a la habitación de su esposa. Llevaba para ella un estuche con un brazalete de piedras preciosas que le regalaba con motivo de ser el aniversario de la boda.

Entreabrió la puerta y dijo:

—Es para ti, querida.

Una mano cogió el regalo. Ricardo entró y quedó sorprendido al ver que lo tenía la vieja doncella.

Lo recogió otra vez y preguntó por la señora.

—La señora se fué a la oficina a las siete. Dijo que no lo despertara, pero me dejó una nota para usted.

Y le entregó una esquelita;

Ricardo:

*Ocupadísima otra vez a más no poder.
Trataré de que comamos juntos el sábado.*

Julia.

Ricardo se enfureció... Cada día aumentaban los trabajos de su esposa. No había derecho a tenerle a él tan abandonado.

Llamó por teléfono a la oficina de Julia. Una secretaria se puso al aparato y le respondió:

—Lo siento mucho. La señora tiene una conferencia importante.

Ricardo se dispuso a ir a ver directamente a Julia.

—Me parece que tendré que demandar a alguien para poder ver a mi mujer—exclamó—. Esto es ya intolerable.

Subió a su automóvil y emprendió rápida marcha hacia la oficina de la abogada.

Iba tan nervioso y distraído que no atendió las indicaciones de un guardia para que parase, y vino a chocar levemente contra otro automóvil que venía en dirección contraria y que iba ocupado por una dama, una mujer rubia y encantadora.

Se detuvieron los dos coches. El guardia se dispuso a denunciar a Ricardo por infractor de la ordenanza.

Pero Alma Smith, que tal era el nombre de la rubia del auto, sonriendo al abogado, intercedió por él, cerca del guardia.

—Me parece que un chico tan simpático

no va deliberadamente a perjudicarse a sí mismo—dijo.

El policía sonrió, seducido por la voz de oro de la mujercita. Nada, retiraba la denuncia.

Pero Ricardo no estaba dispuesto a admitir oficiosidades y favores y protestó, malhumorado:

—Guardia, ¿por qué no cumple usted con su deber? Porque se lo pide una mujer bonita, ¿no?

—¡Ah! ¿usted lo quiere?... Cuando usted se empeña tanto en ir a la cárcel, es porque indudablemente está casado.

Y subiendo al lado de Ricardo, ordenó a éste condujera el coche a la comisaría.

Alma sonrió, melancólica... Era singular capricho el de aquél joven el exigir siguiera su curso la denuncia...

Una hora después Alma se dirigió a ver a Julia, la famosa abogada. Ignoraba ella que aquella mujer fuera la esposa del caballero del automóvil.

—Señora Randall — le dijo Alma —, vengo a consultarle. Mi esposo me tiene com-

pletamente abandonada y deseo que me consiga el divorcio.

—Abandono no es motivo suficiente para divorciarse.

—Bueno... Yo quiero divorciarme... ¿Qué motivos de divorcio están de moda este año?

Julia se echó a reír.

—Ya que tiene usted tanta prisa, lo mejor que puede hacer es darle motivos a su esposo para que él entable el divorcio.

—Es verdad...

—Conque.

—Es usted admirable, señora. Nadie me había dado un consejo tan agradable como usted.

—Póngalo en práctica.

—Tan pronto él haya entablado la demanda, se lo notificaré.

Salió Alma y en el rellano de la escalera encontró al joven del automóvil.

—¡Oh, creí que estaba usted en la cárcel!

—Me dejaron salir de ella para ver a mi abogado.

—¿Es la señora Julia Randall, su abogada?

—La misma.

—Pues le sacará con bien. Es una persona admirable.

—¡Sí, muy admirable! —dijo él, sonriendo—. Hace años que ventila un asunto mío y aun no ha concluído de tramitarlo.

—No pierda las esperanzas.

Despidiéronse afectuosamente y Ricardo entró en el despacho de su esposa haciéndose anunciar como un cliente.

La empleada fué a transmitir el recado a Julia.

—Un caso urgente, señora. El cliente desea verla inmediatamente.



—¿Te molestaría si te pidiese que la cambiases por algo de verdadera utilidad?

—Bien... que pase.

Se sorprendió mucho al ver entrar a su marido.

—Yo soy el caso urgente —dijo, riendo.

—¿Qué ocurre?

—Tuve que hacerme arrestar para poderte ver.

—Es que tú no sabes... Ando abrumada de trabajo... No sé qué va a ser de mí.

—Trabajas demasiado... Y seguramente no te has acordado de qué día es hoy.

—¡Pues es verdad! ¡El aniversario de nuestra boda!... Confieso que he sido un poco descuidada.

—Mira qué te traigo.

Puso en sus manos un estuche que ella abrió contemplando admirada un lindo brazalete.

—¡Qué precioso es! —dijo—. Pero si me lo pongo no ganaré ninguna causa en el juzgado. Hay que mantenerse allá en plan de mujer severa, poco femenina.

—No soy de tu opinión.

Ella cerró la cajita y le dijo:

—¿Te molestaría si te pidiese que lo cambias por algo de verdadera utilidad?

—Pero...

Julia le mostró un catálogo que anunciaba una enciclopedia completa.

—Esta colección de libros me gustaría más que nada.

El suspiró con melancolía.

—Escucha, querida. Ya somos ricos. ¿Por qué no abandonas la carrera?

—Tú mismo me dijiste que continuase practicando si en ello encontraba satisfacción.

—Sacrificarse por la felicidad de la mu-

jer puede pasar si es sólo durante cinco días; pero hacerlo durante años es ya el colmo.

Llamaron en aquel momento al teléfono. Era un empleado del juzgado que comunicaba a Julia:

—El juez dice que si hubiera sabido que era su esposo la persona que ha contravenido las ordenanzas, le habría puesto en libertad sin fianza.

—Bien... muchas gracias...

Julia preguntó a su marido lo que había pasado y éste explicó el incidente del auto, agregando con indignación:

—De modo que el juez no me exigiría fianza si hubiera sabido que era tu marido? A este extremo he llegado, a perder mi personalidad... ¡A no ser más que el marido de Julia Randall!

—Vamos, no te exaltes. ¿Por qué no vuelves al foro? Tú eres abogado también.

—No quiero.

Paseaba nerviosamente. Guardó en el bolsillo el estuche.

Julia le dijo con toda cortesía.

—Tienes que dispensarme, Ricardo... Algunos clientes me están esperando y...

—Si tus clientes son más importantes que yo, está bien...

—¡Ricardo!

—Me gustaría encontrar una mujer tan timorata que no se atreviese a cruzar la calle sola. Te aseguro que me iba con ella.

—No seas tontín, Ricardo.

Pero el abogado salió furioso, echando pestes de la profesión y de la esposa.

Ya en la calle tuvo que aguardar a que pasase la innumerable cadena de vehículos que sin cesar corría por la calzada.

Alma Smith llevaba allí un buen rato, con un íntimo anhelo de encontrar la aventura que le permitiese separarse de su marido.

Al ver al joven del coche, le saludó con dulce interés... Tal vez ese hombre pudiera ser el elegido...

—Esperaba poder pasar, pero casi me da miedo—dijo—. Voy a la joyería. Quiero una pulsera y no encuentro ninguna que me guste.

La ocasión la pintaban calva.

—¿Quiere usted almorzar conmigo?—dijo Ricardo—. Después le diré dónde puede encontrar una magnífica pulsera.

—¿Cómo he de aceptar si ni tan siquiera conozco su nombre?

—Tampoco yo conozco el suyo... pero supongamos que yo me llamo... Quimby... y... usted la señora Quimby... ¿Qué le parece?

—Me agrada la aventura. Acepto.

Y fueron a un restaurante y pasaron la tarde juntos.

El como demostración de la repentina simpatía y amor que le inspiraba la muchacha, le prometió regalarle una magnífica pulsera.

Tan amigos eran que se cambiaron los primeros besos...

Y unos días después, el marido de la señora Smith había tenido motivos suficientes para pedir el divorcio.

* * *

Aquel desliz en su vida de casado, no era para Ricardo más que una cosa pasajera. Su alma, su vida entera estaban consagradas a Julia... Pero si ésta no las aceptaba, ¿qué iba a hacer?

Mandó a su esposa la enciclopedia que le había pedido a cambio del brazalete, y Julia, con profunda alegría, desenvolvió el gran paquete de libros.

—No son preferibles estos libros a la pulsera?—dijo.

Luego volvió a enfascarse en la lectura de los documentos. Entre ellos encontró una carta que le causó profunda preocupación.

Decía así:

Monet y Monet.

Joyería.

Señora Julia Randall:

Al reducir la pulsera que su esposo nos trajo hemos tenido que dejar fuera un diamante y una esmeralda.

¿Pudiera usted decirnos qué debemos hacer con estas piedras?

Muy atentamente,

Monet y Monet.

Sintió Julia que el corazón le latía con extremada violencia... ¿Qué quería decir aquello? Dios santo, ¿es que acaso Ricardo había regalado la pulsera a otra mujer? ¿No habría tenido ella demasiado abandono a su marido?

Deseando reparar aquel error, dijo a su secretaria:

—Suspenda todos los compromisos para esta noche. Cenaré en casa con mi esposo.

Y volvió a leer la carta y le pareció que allí había gato encerrado.

Mientras tanto en el domicilio del doctor Smith éste se despedía de su esposa, la traviesa e infiel Alma.

—Date prisa si no quieres perder el tren —le dijo ella, impaciente.

—¿Por qué tanto interés en que me vaya cuando antes te disgustaba tanto que me fuese? — preguntó él, hombre indiferente para el amor.

—¡Oh, por nada!... No me has entendido. Se abrazaron.

Y el doctor vió entonces por el gran espejo colocado detrás de Alma que ésta tenía en una de las manos que ocultaba en la espalda, un hermoso brazalete.

Acometido por feroz celos, le cogió la mano y le arrebató la joya.

—¿De dónde has sacado ésto?

—¡Lo compré!

—¡Mientes! Ninguna mujer compra joyas como ésta. Este no puede ser sino un regalo...

—Eres muy mal pensado.

—Me obligas a ello. Ya averiguaré yo de qué se trata.

—Por lo menos, devuélveme la pulsera —exclamó la joven que se sentía feliz al verse pronta al divorcio, pues no podía resistir ya por más tiempo la indiferencia de su esposo, entregado a una vida de Club.

—La guardaré hasta que averigüe quién te la dió.

—Bueno... Y si pierdes el tren, avísame desde la estación.

—¡Atrevida!

Cuando el doctor hubo salido, Alma dijo al criado:

—Esta noche espero la visita de un caballero. Hágale subir a mi cuarto.

Y se dirigió a su habitación con la perversa alegría de ver al hombre que ahora amaba.

* * *

Julia se había vestido con una elegancia soberbia...

—No le diga a mi marido que cenó en casa—explicó a una criada—. Quiero darle una sorpresa.

—Su marido no vendrá—repuso la camarera—. Hace más de ocho días que no cena en casa.

—¿Es posible?

Desconsolada se retiró a su biblioteca... A cada momento creyó más verosímiles sus sospechas. ¿Le engañaba, pues, Ricardo?

El doctor Smith se dirigió a casa de Julia Randall... Conocía la inmensa fama de esta abogada y quería confiarle sus asuntos.

Aunque era ya muy tarde, su asunto no admitía espera.

Entregó una tarjeta al criado rogándole la pasase inmediatamente a la señora.

—Pero, doctor Smith—dijo el criado al leer la tarjeta—, la señora no está enferma.

—No importa. Necesito verla esta misma noche.

—Aguarde.

Julia, extrañada, bajó al salón al encuentro de aquel caballero a quien no conocía.

—Usted dirá, señor...

—Señora Randall, mi esposa me es infiel y quiero entablar demanda de divorcio.

—¿Tanta prisa le corre?

—Es urgente. El culpable está en casa y es necesario conseguir las pruebas hoy mismo.

—Si es así, lo mejor será llamar a un detective.

—Creo eso mismo.

Julia llamó a Bridge Hall, un detective que se ocupaba de estos asuntos.

—¡Hable, hable! ¡Soy todo oídos!

—Hay que ir a casa de un caballero a sorprender a su esposa... que está con un amigo, ¿entiende?

—Conformes. ¿Es rubia? Los honorarios son más altos tratándose de trigueñas.

Julia preguntó a Smith el color de los cabellos de su esposa.

—Rubios.

La abogada transmitió nuevos detalles al detective y éste contestó que iba a ir a la casa del doctor inmediatamente.

Julia mostróse satisfecha.

—Yo iré con el detective—dijo el doctor—. Quiero sorprenderles por mis propios ojos.

—No... estos asuntos pueden arreglarlos mejor personas desinteresadas. Deje al detective que cumpla su misión...

Y mientras tanto, Ricardo Randall llegaba

a casa de su amiga y entraba en su habitación.

Ella, que vestía un delicioso vestido, le dijo:

—He preparado una cena íntima... Siempre es preferible cenar aquí que en el restaurante.

Le acarició dulcemente... pero Ricardo la rechazó.

El remordimiento comenzaba a morderle en el corazón. Deseaba romper con su amiga. Aquello era una infidelidad, una traición a Julia, mujer que podía tener sus defectos, pero que nunca había dejado de serle fiel.

—Alma—le dijo con severidad—, lo he pensado mucho y he venido a decirte que es mejor que no volvamos a vernos.

—¡Qué tontería! ¿Por qué?

—No puedo decírtelo... No soy libre... y siento que no pueda tener dos lazos a la vez.

En aquel momento llegaba a la casa el detective Hall y su secretario.

Lo primero que hizo fué decir al criado:

—Soy policía... ¿Dónde está la alcoba?

El sirviente le contempló horrorizado. Iban a encontrar juntos a la señora y a su amigo.

Señaló la puerta de la habitación de la dama y Hall, ordenando a su secretario que permaneciese en el recibidor, subió a la estancia.

Entró en el preciso instante en que Alma abrazaba a su amigo y le decía, tentadora:

—¿Por qué no me das un beso?

Hall, riendo, avanzó por la estancia y les dijo:

—Ustedes perdonen si les interrumpo... Es preciso.

Y entrególes una tarjeta que decía:

Bridge Hall

Detective de lujo para divorcios

Ricardo quedó atemorizado... ¡Qué enorme compromiso! Ella, en cambio, sonrió, no importándole el escándalo que iba a librarse.



—¿Por qué no me das un beso?

la de su marido.

—¡Le ruego que salga usted de aquí! —dijo Roberto.

—¡Ca! ¡No, señor! Antes he de realizar algunas investigaciones.

Sacó un pañuelo y al desenvolverlo mostró un pequeño revólver que en tales casos llevaba siempre consigo.

Luego cogiendo un carnet de notas y una pluma se dispuso a escribir.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó a Ricardo.

—No se ocupe de mi nombre.

—Muy bien... ¿Y usted, señora?

—Alma Smith — respondió ella, audazmente.

Ricardo la miró con extrañeza. ¿Por qué hablaba? ¿Es que no veía las consecuencias de aquel acto?

Hall escribió en su libro:

Nombre del caballero: No se ocupe de mi nombre.

Nombre de la mujer: Alma Smith.

Traje del caballero: Adecuado.

Traje de la mujer: Vaporoso...

Ricardo no podía aguantar ya más.

—Adiós, señores! —dijo.

Y salió de allí al ver que Alma y el detective se contemplaban mutuamente...

—¡Lleva usted un vestido muy encantador! —dijo Hall.

—Muchas gracias.

—¡Cuánto siento lo ocurrido, señora!...

Pero el deber...

—Me hago cargo.

—Con su permiso me retiro, señora.

Y marchó de la casa, llevando clavada en el alma la hermosísima imagen de aquella criatura.

Ya en la calle ordenó a su secretario telefonase a casa de Julia comunicándole que ya tenía datos importantes, y él se dirigió en persecución de Ricardo al que vió en la acera de enfrente.

* * *

El doctor Smith no se había movido aún de la casa de Julia. Deseaba conocer el resultado de la gestión del detective. Se pasaba nervioso, impaciente.

—Tenga usted calma, doctor — le dijo ella. Quizá sólo se trate de un lamentable error.

—Error! ¿Le parece a usted que esto puede ser un error?

Y le mostró el brazalete que Julia horrorizada reconoció como el que había querido regalarle su marido.

—Cuando se hacen regalos así a una mujer, por algo será —añadió el médico.

Una profunda turbación invadió a Julia.

Vió con toda claridad lo que sucedía. Su marido, su Ricardo, era el hombre que estaba en aquel momento con la señora de Smith.

Pero, ¡ah! ¿acaso Ricardo era responsable? ¿No le había dado ella, ella, motivos para sentirse solo y triste? ¡Dios mío! Si Ricardo en el fondo era un buen corazón...

Entonces, recordó Julia la visita que Alma Smith le había hecho unos días antes y como ella misma le había aconsejado que procurase un motivo de divorcio. Comprendió que se trataba de aquel asunto...

¡Maldita coincidencia! Ella, Julia, había provocado sin querer aquel conflicto. Porque Ricardo habría sido seguramente seducido por las insinuaciones y provocaciones de Alma.

Sonaba insistenteamente el timbre del teléfono y ella estaba tan nerviosa que no le oía.

—Están llamando al teléfono—advirtió el doctor—. ¿No quiere contestar?

Tomó Julia el aparato.

Era el secretario de Hall que decía:

—Hemos encontrado al culpable. El señor Hall le sigue los pasos.

—¡Ya ha sido hallado!—exclamó.

—Ah, maravilloso!—rugió el doctor—. Y no me conformaré con desacreditarle públicamente, sino que haré que se case con ella.

—¿Y si está ya casado?—dijo con voz velada.

—No importa. La mujer tendrá que divorciarse de él si no quiere quedar viuda.

Julia temblaba... Ella comprendía que no era su marido el culpable, sino Alma Smith a quien la propia Julia había dado el encargo de insinuarse y buscar la ocasión del divorcio.

Osó decir:

—Tal vez el que llamamos culpable, no lo sea... Acaso la mujer lo habrá comprometido.

—El hombre que deja que lo comprometen es un idiota.



—¿Le parece a usted que esto puede ser un error?

Julia meditaba. ¿Cómo salir de aquel mal paso? ¿Cómo volver las cosas a su cauce? De pronto sonrió, iluminada por una idea que iba a poner rápidamente en práctica. Preguntó paseando la vista por la habitación:

—¿Quién ha apagado las luces?
—Las luces?

—Mandaré que traigan velas.
Smith la contempló, extrañado.

—Pero, señora, las luces están encendidas...

—¡No... no!... ¡Oh, Dios mío! ¡Yo no veo... no veo nada!... Acabo de quedarme ciega.

El médico se asustó de veras. Pasó varias veces sus manos ante los ojos de Julia sin que pestañearan.

—¡No veo nada... nada!... — seguía gritando.

—No se asuste, señora!... Tal vez sea un caso de ceguera momentánea producida por la tensión nerviosa...

—Yo no sé... pero no veo...

—Le había sucedido a usted antes?

—No, es la primera vez que me pasa. Lléveme a mi cuarto, por favor.

El con todo cuidado la fué guiando hacia el piso superior.

Julia, muriéndose interiormente de risa, se apoyó en el doctor y de esta manera entró en su alcoba.

Los criados que vieron a la señora de aquel modo, hicieron sabrosos comentarios,

¿Pero se había visto cosa igual? ¡Si ella le pasaba el brazo por el cuello!

Julia se sentó al lado de la cama, quejándose de dolores.

—Lo mejor que puede hacer es acostarse—dijo el médico—. Voy a llamar a la doncella.

Salió al pasillo y viendo a la criada, le dijo:

—La señora ha sufrido un ataque de ceguera momentánea. Ayúdela a acostarse.

Aguardó en el corredor mientras la criada ayudaba a su señorita a meterse en el lecho.

La muchacha no entendía una sola palabra. Ciega no lo estaba la señorita puesto que se hallaba contemplándola al espejo.

—Traigame el mejor salto de cama—dijo Julia.

Se envolvió en una sutil bata, perfumóse discretamente y rogó a la camarera llamase de nuevo al doctor.

Smith, que estaba excesivamente nervioso no tuvo más remedio que entrar.

Acercóse a Julia y aspiró el tibio perfume que emanaba de su persona.

—¿Cómo se encuentra usted?—le dijo tomándole el pulso.

—¡Muy mal! ¡Tráigame una compresa de agua fría! ¡Se me rompe la cabeza!

Fué Smith al cercano lavabo y volvió con una jofaina llena de agua. Mojó un trapo

que Julia tiró al suelo, de modo, al parecer, involuntario.

Cuando el doctor se inclinó para recogerlo, ella echó toda el agua sobre la cabeza de Smith.

—Pero, señora...—exclamó Smith indignado.

—¡Oh... usted perdone!... Como no veo nada... ¡Ay, doctor... estará usted hecho una sopa!

—Sí...

—Póngase una bata de mi esposo. Ahí en la habitación vecina la encontrará.

Smith cambióse de ropa envolviéndose en un batín... Bueno... estaba desesperado... ¿Cuándo le sería dado salir de aquella casa?

Mientras tanto, Ricardo acababa de llegar a su casa. Se sentía desconsolado por lo que le había ocurrido con Alma.

—¿Está en casa la señora?

—Está en su alcoba—respondió el criado con temor.

Subió y encontró a Julia en el lecho y de pie, junto a ella, a un desconocido, vestido con un batín de noche.

Estallaron sus celos, espantosos, terribles. Julia, sonriente, le dijo:

—No te esperaba tan pronto, maridito.

—¡Oh... calla!... ¿Qué hace usted aquí, señor?—dijo encarándose con el médico.

—Atendía a su esposa que sufre un ataque de ceguera momentánea.

—No es cierto. Julia ve tan bien como usted y como yo...

—Estaba ciega... Ella me lo ha dicho.

Atemorizado, el doctor volvió a pasar sus manos ante los ojos de Julia y ella siguió con su mirada aquellos movimientos denotando una visión limpida y clara.

La dama se reía...

Marchó el doctor a quitarse el batín, mientras Julia se levantaba del lecho.

Los esposos volvieron al lado del doctor.

—Yo tampoco estoy tan ciego para creer en la excusa que me da usted para justificarse—exclamó Ricardo.

—Señora, dígale la verdad a su marido.

—El hombre que deja que lo comprometen es un idiota—exclamó ella con retintín.

Smith la contempló sorprendido. Recordaba aquellas mismas palabras de ella pronunciadas antes. ¿Qué era aquello? ¿Una lección, acaso, para que no tuviese más celos?

Iba Ricardo a pedir nuevas explicaciones cuando entró en la alcoba el detective Hall que había ido en seguimiento de Ricardo y que rechazó al criado que le impedía la entrada hasta allí.

Todos quedaron sorprendidos al ver a aquel nuevo personaje, de modo especial Ricardo.

—Ya he echado el guante al tuno que estaba con la señora Smith—dijo—. ¡Es este caballero!

Y señaló al abogado.

—¡Usted! —gritó Smith.

El doctor creía estar viendo visiones. Julia no hizo el menor gesto de sorpresa. Ya lo presentía.

—En su casa ha quedado su esposa, doctor —dijo Hall—. ¿Por qué no va usted allí?

—A mi casa? ¡Nunca!

—Puedo confiar en su palabra?

—Sí!

—Pues con su permiso, me retiro.

Y el detective salió rápidamente deseando dirigirse a ver a Alma y a substituir al doctor.

Julia, su marido y el médico se contemplaron con hostilidad.

—Señora — exclamó el doctor —, aunque este caballero sea su marido, yo lo acusaré como culpable de la infidelidad de mi esposa.

Ricardo guardaba silencio.

—Sería chistoso que mi esposo entablara demanda de divorcio contra mí y que le acusara usted de lo mismo.

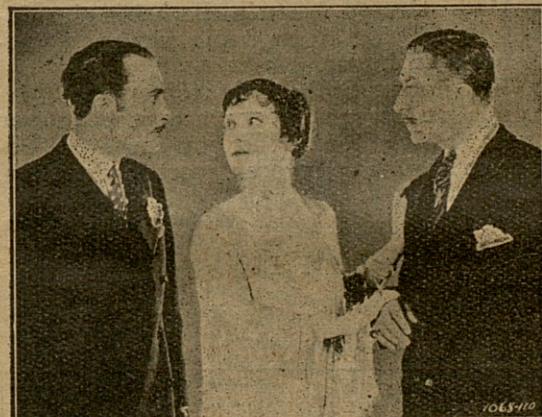
—No se atrevería a hacer eso, pues él sabe bien que arruinaría el porvenir profesional de usted.

—Es que hay algo más importante que una profesión, caballero — contestó ella con dignidad.

El doctor Smith meditó unos momentos. ¿Iba a seguir adelante en su demanda de divorcio? ¿No le acusarían a él de lo mismo

aunque en realidad de nada tenía que acusarse? Comprendió que se iba a perjudicar si presentaba la demanda.

Y no quiso proseguir la cuestión. Prefería callar... y olvidar por aquella vez. Las cosas habían ido mal dadas.



—Es que hay algo más importante que una profesión...

—Señora, es usted una mujer muy inteligente. Buenas noches —dijo.

Y cuando marchó, Ricardo, que se hallaba avergonzado de su conducta, dijo a su esposa:

—¿Me perdonas, bien mío?

—Tú eres quien debe perdonarme a mí. Mi ambición estuvo a punto de destruir nuestra felicidad... En lo sucesivo dejaré mi profesión para cuidar únicamente de tus asuntos.

Y así fué.

Algún tiempo después ella había abandonado su bufete para dedicarse exclusivamente a su hogar.

Y el doctor Smith había obtenido la demanda de divorcio, pero esta vez no por culpa de Ricardo... sino por causa del detective Hall, el nuevo enamorado de Alma.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

B.